



Jesús Casquete

# **EL CULTO A LOS MÁRTIRES NAZIS**

Alemania, 1920-1939

Alianza editorial

JESÚS CASQUETE

EL CULTO  
A LOS MÁRTIRES  
NAZIS

ALEMANIA, 1920-1939

# Índice LISTADO DE SIGLAS

## INTRODUCCIÓN

### I. TOTALITARISMOS Y HOMBRE NUEVO

1. Una pasión uniformizadora, o una política de la sinécdoque
2. Parcialidad estatal
3. El estudio del totalitarismo: ¿Un cómo sin para qué?
4. Emocracia, propaganda y mentira en el nacionalsocialismo
5. Martirio en la propaganda nazi

### II. «UN PUÑO SANO Y AMOR A LA PATRIA EN EL CORAZÓN»: LAS TROPAS DE ASALTO NAZIS

1. Alemania tras el final de la Primera Guerra Mundial: una herida mal cerrada
2. Múnich, «El Dorado» ultranacionalista
3. De la «Sección gimnástica y deportiva» a las «Tropas de Asalto» del NSDAP
4. Misión de las SA
5. Disponibilidad biográfica de los miembros de las SA
6. Machismo en uniforme
7. Vampirismo simbólico nazi
  - 7.1. «Viento hecho visible»: la bandera nazi
  - 7.2. El 1 de Mayo, «Día Nacional del Trabajo»
  - 7.3. Al son de los rojos: música en las SA
- Excurso: Ringvereine y SA: diferencias y... analogías

### III. EL TROQUEL MARTIRIAL NAZI

1. El triunfo de la fe
2. Contextos desencadenantes de la violencia (y del martirio)
3. La violencia política en cifras
4. «Solo donde hay tumbas hay resurrección», o una filosofía del desastre productivo
  - 4.1. La sublimación de la muerte: una retórica de la victimización
    - 4.1.1. Pocos contra muchos
    - 4.1.2. La cuestión de las armas
    - 4.1.3. Tractos discursivos anexos
  - 4.2. El lustrado póstumo
  - 4.3. La muerte domesticada
5. Lugares de memoria y mártires

## CONCLUSIONES

## FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

1. Archivos
2. Prensa periódica
3. Bibliografía de antes de 1945
4. Bibliografía de después de 1945

## CRÉDITOS

## LISTADO DE SIGLAS

**BArch-Berlin** – Bundesarchiv Berlin, Archivo Federal Alemán **BVP** – Bayerische Volkspartei, Partido Popular Bávaro **BDM** – Bund Deutscher Mädels, Liga de Muchachas Alemanas **DAP** – Deutsche Arbeiterpartei, Partido Obrero Alemán **DC** – Deutsche Christen, Cristianos Alemanes **DDP** – Deutsche Demokratische Partei, Partido Democrático Alemán **DNVP** – Deutschnationale Volkspartei, Partido Popular Nacional Alemán **DVFP** – Deutsch-Völkische Freiheitspartei, Partido Alemán-Populista de la Libertad **DomA-Berlin** – Domarchiv Berlin, Archivo de la Catedral de Berlín **DvSTB** – Deutschvölkischer Schutz-und Trutzbund, Federación Nacionalista Alemana de Protección y Defensa **ELAB** – Evangelisches Landesarchiv Berlin, Archivo Provincial Evangélico, Berlín **EZA** – Evangelisches Zentralarchiv, Archivo Central Evangélico, Berlín **GDAP** – Grossdeutsche Arbeiterpartei, Partido de los Trabajadores de la Gran Alemania **GRUSA** – Grundsätzliche Anordnung der SA, Disposición General de las SA **GStA** – Geheimes Staatsarchiv Preussischer Kulturbesitz, Archivo Estatal Secreto de Prusia **HJ** – Hitlerjugend, Juventudes Hitlerianas **HStA** – Bayerisches Hauptstaatsarchiv, Archivo Estatal Bávaro, Múnich **IfZ** – Institut für Zeitgeschichte, Múnich **KgdF** – Kampfbund gegen den Faschismus, Liga de Combatientes contra el Fascismo **KPD** – Kommunistische Partei Deutschlands, Partido Comunista de Alemania **LABerlin** – Landesarchiv Berlin, Archivo Provincial de Berlín **NF** – Nationalsozialistische Freiheitspartei, Partido Nacionalsocialista de la Libertad **NSAK** – Nationalsozialistisches Automobilkorps, Cuerpo de

Automóviles Nacionalsocialista **NSBO** – Nationalsozialistische Betriebszellorganisation, Células Nacionalsocialistas de Fábrica **NSDAP** – Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei, Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán **NSDStB** – Nationalsozialistischer Deutscher Studentenbund, Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas Alemanes **NSFB** – Nationalsozialistische Freiheitsbewegung, Movimiento por la Libertad Nacionalsocialista **NSKK** – Nationalsozialistisches Kraftfahrkorps, Cuerpo de Vehículos Nacionalsocialista **NSVH** – Nationalsozialistische Versicherungshilfe, Auxilio de Seguros Nacionalsocialista **PND** – Politischer Nachrichtendienst, Servicio de Información Política **RFB** – Rotfrontkämpferbund, Liga de Combatientes del Frente Rojo **RFMB** – Rote Frauen-und Mädchenbund, Liga de Mujeres y Chicas Rojas **SA** – Sturmabteilung, Tropas de Asalto **SABE** – SA-Befehl, Ordenanza de las SA **SPD** – Sozialdemokratische Partei Deutschlands, Partido Socialdemócrata de Alemania **SS** – Schutzstaffel **StA-München** – Staatsarchiv, Archivo Estatal, Múnich **USPD** – Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands, Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania

## INTRODUCCIÓN

El 30 de enero de 1933 un movimiento de alma totalitaria, ideario racista y ánimo genocida se aupó a la cabeza del Estado alemán. No era el único movimiento fascista que pujaba esos años por arrumbar el orden liberal-democrático. Desde España a Rumanía o Hungría, integrantes de esa familia ideológica se abrían paso por doquier en Europa. Los nacionalsocialistas ni siquiera fueron los primeros en hacerse con las riendas de un país; los camisas negras italianos les habían tomado la delantera en 1922. La singularidad histórica del nacionalsocialismo radica más bien en que en un lapso de tiempo meteórico, y con la aquiescencia y la complicidad de una parte sustancial de la sociedad alemana manifestada en elecciones libres, fue escribiendo algunos de los capítulos más ignominiosos de la historia de la humanidad: suya es la responsabilidad por la Segunda Guerra Mundial, y suya la responsabilidad del asesinato burocratizado e industrial de masas, el Holocausto. Con el arranque de la pesadilla totalitaria la pregunta no ha dejado de sobrevolar nuestras conciencias: ¿cómo arraigó y se propagó la abyección en una sociedad culta como era la alemana?, ¿cómo fue posible la abdicación del sentido moral?, ¿acaso existe algún otro ejemplo histórico que mejor exponga que civilización y barbarie pueden ser fenómenos acompañantes, y no excluyentes como aventuraba el proyecto ilustrado?

Desde que empezaron a proliferar los estudios sobre las condiciones de posibilidad de su surgimiento y expansión, no han faltado los ensayos explicativos sobre la propagación de la metástasis totalitaria durante la República de

Weimar, que es como se conoce el periodo comprendido entre finales de 1918 y la toma nazi del poder en 1933. Disciplinas como la historia, el derecho, la filosofía, la literatura, la teología, la ciencia política o la sociología no han dejado de arrojar luz a la comprensión de fenómeno tan polidrico, sin duda uno de los acontecimientos históricos que, por la envergadura del daño causado y por su inhumanidad devastadora, mayor atención ha despertado en la academia, y más interés también ha concitado en círculos no estrictamente eruditos.

Una síntesis de las razones inmediatas de la expansión de la barbarie avanzaría por las líneas siguientes. Tras el final de la Primera Guerra Mundial, las potencias vencedoras impusieron a Alemania un tratado de paz con unas cláusulas draconianas en lo económico, traumáticas en lo territorial y, no menos importante, humillantes para el sentido de identidad nacional, así sentidas al menos por amplios sectores ideológicos desde conservadores a socialistas pasando por los liberales. La capitulación vino acompañada por un cambio político y social que trastocó los fundamentos del país. Casi de la noche a la mañana, al orden imperial sobrevino un sistema democrático. Aferrados a los anclajes del pasado y la tradición, los nostálgicos del primero ofrecían certidumbres existenciales en dimensiones tales como las estructuras de autoridad, los roles de género o el papel de la religión en la sociedad. La democracia, por su parte, experimento inédito hasta entonces en Alemania, nacía con la promesa de mayores cotas de libertad, de un ensanchamiento de la participación al poner la política al alcance de todo el mundo (incluyendo a las mujeres) y, en la medida en que su principal animador fue el movimiento obrero articulado alrededor de la socialdemocracia, también de una mayor justicia social. Por retomar la definición gramsciana de crisis, el viejo orden se resistía a desaparecer sin que el nuevo acabase de abrirse camino. Los ensayos revolucionarios que salpicaron la geografía del país al calor de la capi-



tulación no contribuyeron a la consolidación democrática. Al contrario, sirvieron para insuflar nuevos bríos a las soluciones autoritarias y ultranacionalistas que aireaban el miedo a la «conspiración» judeo-bolchevique. Fueron las mismas opciones que al cabo ganaron la partida, ahogando de paso las libertades individuales, suprimiendo la participación social y política, y sustituyendo las medidas encaminadas a la consecución de una mayor justicia social por una solidaridad redefinida en términos «nacionales». Tampoco cabe soslayar la efervescencia cultural y el desafío de las convenciones establecidas en una época en que «se bailó sobre las ruinas de la moral heredada» (Moreck, 2018 [1931]: 92). Añadamos a esta coctelera las sucesivas crisis económicas que asolaron a Alemania durante este periodo, y dispondremos de un marco aproximado para dar cuenta de la siempre convulsa, por momentos desbocada, situación durante el periodo republicano. La primera crisis, durante la postguerra y con su punto álgido a finales de 1923, fue específica alemana y de hiperinflación; la segunda asumió un carácter global y se manifestó a partir de 1929 en un paro de masas. En este escenario, la ciudadanía acabó echándose en brazos de los profetas de la palingenesia de la patria, de los demagogos nacionalistas que prometieron resarcir de un plumazo el orgullo nacional mancillado y conducir al país a glorias ignotas.

Para comprender y explicar la conquista nazi de la sociedad y el Estado resulta inexcusable atender a los factores antedichos, pero no basta. Se trata de dimensiones estructurales, frías, que corren el riesgo de vaciar la agencia humana, esto es, la capacidad del ser humano de intervenir en el decurso de los procesos sociales, políticos y culturales que enmarcan su existencia. Para desentrañar la ruta que facilitó a los nazis el camino al poder urge atender al mundo de las emociones y, en particular, a las estrategias discursivas y prácticas litúrgicas empleadas por los *emócratas* (como denominamos a los manipuladores de emociones)

para que su audiencia, en este caso la opinión pública alemana, abrazase un programa fundamentalista étnico y expulsase del campo de obligación moral a quienes no cumplieren los requisitos raciales «arios». Una audiencia entendida no como un consumidor pasivo de mensajes diabólicos e inciviles (es decir, irrespetuosos de los derechos humanos fundamentales que clasificaban a los individuos en «mejores» y «peores», esto es, de diferente valor), sino como un actor en el que resonaban, y que procesaba, mensajes de naturaleza ultranacionalista y excluyente empeñados en despersonalizar a categorías enteras de la población. En consonancia con estas guías epistemológicas, entenderemos la propaganda como un ejercicio de comunicación entre unos emisores (los propagandistas nazis) y un público (la sociedad alemana), más que como una práctica unidireccional protagonizada por unos fundamentalistas raciales concedores de las claves emocionales para seducir a las masas. Si la población respondió a los cantos de sirena de los nazis y a sus promesas de una nueva Edad Dorada en forma de Tercer Reich, fue porque estos supieron interpretar la fibra emocional de parte de sus conciudadanos y difundir mensajes que encontraron el terreno abonado. Y, claro, también porque el sistema político y la sociedad civil (iglesias incluidas) se mostraron impotentes (cuando no colaboraron) para establecer los diques necesarios (hoy hablaríamos de «cordones sanitarios») para que un orden respetuoso de los derechos humanos articulado en un sistema democrático se hiciese valer frente a un proyecto totalitario y, como el tiempo se encargaría de demostrar, también genocida.

A río revuelto, ganancia de pescadores. El Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei, NSDAP), un actor ultranacionalista más entre el rico espectro de esa sensibilidad ideológica que pululaba en la postguerra en Alemania, consiguió en el curso de tres lustros escasos enseñorearse de las calles del país y acabar en las urnas como la principal fuerza electoral.

Articulado *ex novo* por su líder carismático, Adolf Hitler, las ideas del nuevo partido-movimiento no resultaban del todo originales. Bebían de la tradición nacionalista y antisemita *völkisch*, con la que (según reconoció el propio Hitler) había pocas diferencias dogmáticas de calado. La originalidad del nacionalsocialismo hay que rastrearla más bien en su modo de abrirse camino entre la población hasta conquistar los corazones de una parte sustancial suya. Hitler y su movimiento comprendieron que las emociones eran una dimensión esencial de la política, y que movilizar a la opinión pública y ganar fieles creyentes en la causa aria en las calles, y sufragios en los comicios, pasaba por afectar a la población. Cuando de agitar las emociones de la opinión pública se trataba, los nazis se mostraron mucho más avezados que los defensores de la república. Kurt Heilbut, un periodista socialdemócrata que acabó sus días en Auschwitz, condensó gráficamente una razón por la que la democracia sucumbió al totalitarismo. Heilbut reprochó al movimiento obrero haber dejado expedito al nacionalsocialismo el mundo de las emociones y los afectos. A su juicio, y recurriendo a un juego de palabras que solo adquiere pleno sentido en alemán, sin seducir al alma (*Seele*) no había modo de llenar las salas (*Säle*) y, sin movilizar a la sociedad la batalla política estaba perdida (Korff, 1986: 88). Alemania no era un caso único en la Europa del momento. En otro registro, pero también durante esos años, el poeta portugués Fernando Pessoa captó el signo de los tiempos: «las sociedades están dirigidas por agitadores de sentimientos, no por agitadores de ideas» (2008: 130). El problema no fue tanto que los nazis apelaran al mundo de las emociones, cuanto el tipo de emociones que alentaron contra el «otro» racial y político: odio, envidia, desprecio. Atraieron el favor de una parte considerable de la ciudadanía porque verbalizaron (y alimentaron) sin edulcorantes resentimientos y pasiones ampliamente arraigados en ella.

«Los nazis están aquí. La mentira está aquí», escribió en directo la escritora y periodista Gabriele Tergit (2018 [1983]: 132). Los nazis (figura en su siniestro haber) no ocultaron ni maquillaron las líneas maestras de su proyecto. Al contrario, fueron diáfanos y sinceros a la hora de exponer y transmitir su ideario liberticida y excluyente. Todavía hoy produce desazón acercarse a *Mein Kampf* y encontrar negro sobre blanco invectivas contra la democracia, el liberalismo, el socialismo, el pacifismo, el feminismo y, como paraguas de su paquete «anti», contra los judíos, el chivo expiatorio por excelencia de los males que asolaban al país. En aquellos años, quien quiso saber no tuvo más que escrutar el prontuario hitleriano; o, en su defecto, acercarse a las publicaciones nazis y leer a sus replicantes; o escuchar a sus oradores en los múltiples actos públicos que orquestaron en toda la geografía del país.

Cuando Hitler sostuvo que «con los judíos no hay compromiso posible; es cuestión de ellos o nosotros» (1943 [1925/1926]: 225), no inventó el antisemitismo ni prefiguró el Holocausto, pero sí dejó constancia escrita con claridad meridiana del lugar que él y su movimiento les reservaban en la sociedad. Al mismo tiempo, y no es ninguna contradicción, los nazis mintieron a espuestas, sosteniendo y difundiendo cosas que no eran verdad a sabiendas de que no lo eran. Con el fin de agitar las emociones de su audiencia, en última instancia de la ciudadanía alemana, retorcieron la verdad factual hasta extremos obscenos. Fueron maestros de lo que hoy llamamos *fake-news*. Mintieron para manipular a sus conciudadanos y así ganarse su favor y simpatía. Se presentaron ante la opinión pública como patriotas inocentes y desvalidos que resultaban abatidos por sus enemigos judeo-bolcheviques con nocturnidad y alevosía por el único delito de amar a su patria con pasión o, por decirlo en su parla, con «fanatismo». En un contexto inflacionario de embustes, la forja de sus mártires constituye un ejemplo paradigmático de la praxis de la propaganda na-

cionalsocialista, porque en numerosas instancias las circunstancias que rodearon sus muertes poco o nada tuvieron de épicas y, en cualquier caso, se trataba de una épica al servicio de una moral podrida. Desvelar las imposturas inscritas sistemática y deliberadamente en sus narrativas propagandísticas al hilo de la construcción martirial constituye uno de los objetivos de la presente investigación.

La apoteosis de los mártires en la plantilla de la propaganda nazi no es una cuestión anecdótica en la historia del nacionalsocialismo. Por el potencial movilizador y cohesionador de su comunidad de sentido y de memoria, el «recurso a la sangre» constituye un pilar fundamental de la estrategia comunicativa nazi que apenas ha recibido atención por parte de las y los investigadores <sup>1</sup>. No es azaroso que Hitler arranque y cierre *Mein Kampf* con un homenaje a los fieles caídos en el curso del intento de golpe de Estado en Múnich en 1923, ni que entre ambos extremos, a lo largo de las casi 800 páginas del libro, sean innumerables las instancias en las que ensalza la disposición por sacrificar la vida en aras del credo racial contenido en su programa. Más aún, podríamos interpretar su prontuario como un ensayo modelado sobre su propio ejemplo por señalar el camino al «hombre nuevo» del Tercer Reich.

La glorificación de los mártires es un vector de la hagiografía y propaganda nacionalsocialista sobre el que sus emócratas insistieron hasta el paroxismo. Pocos años después de ver la luz la obra de autoficción y programática de Hitler, un libretto sobre pautas de comportamiento de los responsables de las SA recogía una declaración que condensaba la visión de los nazis sobre quienes sacrificaban su vida por la patria: «Una muerte ejemplar tiene aún más valor que una vida ejemplar» <sup>2</sup>. La consigna no dejaba lugar a dudas sobre la ruta a seguir. El devoto de la causa aria, para serlo, no podía descuidar una vida de acuerdo con las directrices sentadas por el movimiento. Valores como el ho-

nor (a la patria), la obediencia (a los mandos que corporeizaban la patria) o la generosidad (para con la patria) figuraban en el frontispicio de su moral, una moral marcial presidida por el imperativo nacionalista de *patriae totus et ubique*. Ahora bien, desde la perspectiva del movimiento, más provechoso que guiar la vida propia de acuerdo con esa panoplia de valores era saber morir por ellos. El buen vivir respetando los mandamientos del ideario nazi era digno de encomio, pero el buen morir resultaba aún más funcional: daba sentido a la existencia individual y grupal, y abría la puerta a su capitalización por los emócratas. Desde que asumió la responsabilidad del movimiento en Berlín en noviembre de 1926, Joseph Goebbels acostumbó a repetir una frase en contextos mortuorios (en realidad robada a Goethe) que hizo fortuna en sus filas: «Sobre tumbas, ¡pero avanzamos!», un remedo fascista de Tertuliano cuando sostuvo que «la sangre es semilla de cristianos». Recién llegado a la capital, en una marcha propagandística de las SA por sus alrededores, lo expresó de forma elocuente: «La sangre es el mejor pegamento para mantenernos unidos en las luchas venideras»<sup>3</sup>. Expresión de una filosofía del desastre productivo, la muerte individual emergía revertida en savia vivificadora grupal. En la peor tradición maquiavélica, y *contra* Kant, los interfectos eran contemplados como sacrificios necesarios en aras de un fin sagrado, como «medios para un fin». Y cuando la redención de la patria está en juego, como saben los nacionalistas de toda época y condición, no hay precio lo suficientemente gravoso.

Propaganda y mentira en la construcción de la figura del mártir en tanto que prefiguración del hombre nuevo anhelado por todo proyecto totalitario: estos son los ejes que vertebran la presente investigación. La práctica y el discurso de la *política de la muerte* del nacionalsocialismo fue un aspecto cuidado con especial esmero desde su surgimiento como movimiento político en el Múnich de la inmediata posguerra. Una vez dispuso bajo su control de los aparatos

del Estado, cambiaron los mecanismos de difusión en el tejido social de la ejemplaridad de los mártires, pero no las especificidades del troquel en sí. Lo que antes se ensalzaba desde abajo pasó a ser glorificado desde arriba, como una cuestión de Estado más. Algunos de los principales agentes de socialización (el sistema educativo, los medios de comunicación, el entramado asociativo) quedaron bajo control directo del Estado totalitario, pero el relleno de su culto a la muerte prosiguió inmutable en sus líneas maestras. Con diferentes intensidades según las circunstancias históricas concretas, la apoteosis de los mártires fue una constante del movimiento hitleriano. De ahí que delimitemos temporalmente nuestra investigación desde la fundación del partido nacionalsocialista en 1920 hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial en 1939.

El presente trabajo se articula en tres grandes bloques. En el primero repasamos las interpretaciones más influyentes del totalitarismo, e identificamos un aspecto que ha pasado relativamente desapercibido a autores y autoras que se han ocupado de su estudio, aspecto cifrado en el *para qué* de dicha forma de dominación. Más allá de los rasgos estructurales que han sido enfatizados en la literatura especializada (partido único, líder omnipotente y omnisciente, el terror como mecanismo de sometimiento o el ahogamiento de la sociedad civil), destacaremos la revolución antropológica a la que aspira todo totalitarismo, la auténtica clave de bóveda para poder comprender su proyecto. En su pulsión por laminar el pluralismo inherente a toda sociedad moderna, los adalides del totalitarismo alemán se afanaron en modelar un individuo que renunciase a su propia visión de la vida buena y, en su lugar, se acoplase a los dictados de instancias heterónomas (del *Volk*) que le marcasen la vida que tenía que vivir y cómo tenía que vivirla; una vida supeeditada a los designios de la comunidad y a la anulación del «yo judío», entendido en el lenguaje nacionalsocialista como sinónimo de individualismo. Quienes habían sacrificado